

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

**ESTER MATTE ALESSANDRI**

**AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO**

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa

Carlos López Labaste

Carlos George-Nascimento

Oreste Plath

Pepita Turina

Alfonso Calderón

Claudio Orrego Vicuña

Arturo Valdés Phillips

Tiraje: 1.000 ejemplares.

Impreso en los talleres de  
la Editorial Nascimento S. A.

— Arturo Prat 1428 —  
Santiago de Chile, 1978

*¿Quién soy?*

Soy del signo zodiacal Acuario, pues nací el 17 de febrero de 1920, en plena candidatura presidencial de mi abuelo Arturo Alessandri. Tal vez las inquietudes que pasara mi madre en esos agitados días, determinaron en parte mi carácter sensitivo, nervioso, melancólico.

Los primeros recuerdos de mi infancia se relacionan con lo que era la residencia de los Presidentes de Chile: la Moneda. Evoco los grandes salones alfombrados que recorría en mis juegos infantiles indagando lo desconocido entre esos solitarios recintos, que sólo se iluminaban durante las escasas horas de alguna recepción. Algo como un suspiro ahogado se perfila levemente en el recuer-

do emocional de esos días. Es indefinido e indescifrable. Pero no lo es el impacto recibido en septiembre de 1924 cuando tuvimos que abandonar la Moneda a medianoche. Aún me recuerdo en camisa de dormir y de pie sobre la cama en el dormitorio iluminado repentinamente por bondadosos parientes que acudieron en vista de la emergencia. No cualquiera se atreve en estos casos, y nos trasladaron donde los abuelos paternos que residían en una enorme casona en calle Agustinas de varios patios con palmeras, perros, gatos, gallinas loros y toda la fauna que acompañaba a las familias de entonces. Esa noche de desvelo hizo crecer en mí algo negro, triste, desolado que me ahogaba y que más tarde supe que se llamaba angustia. Enormes ratones circulaban por el entretecho y los rostros de tristeza y temor que observaba en los parientes que ayudaron a trasladarnos, el llanto de mi madre, los sollozos de mi abuelita, se grabaron hondo en mi mente. Esas ratas roían mi desolación contribuyendo a sentir el amanecer como algo también terrible. ¿Qué nos depararía ese nuevo día? Y pasaron algunos sucesos: mi abuelo tuvo que partir al destierro. Reproduzco un trozo del artículo escrito en un periódico de la épo-

ca, por una escritora que me honro de haber conocido y admirado: Iris, pseudónimo de Inés Echeverría de Larraín. Dice así: "Lo observé en el momento mismo de la catástrofe. Iba a firmar la dimisión. Estaba tranquilo y lleno de juvenil intrepidez". Y más adelante: "Se estrechaba en torno suyo un nudo de corazones que la tormenta iba a separar. El poder perdido no significaba nada en ese instante. El espectro de la separación próxima, espantaba a la familia tiernamente unida".

Así se configuró una infancia triste, marcada por los vaivenes de la política. A esto se agregaba el carácter hipersensible, a la vez tímido y rebelde.

Mi salud algo enfermiza determinó a mis padres a enseñarme las primeras letras en la casa y más tarde en las religiosas francesas de los Sagrados Corazones. Allí se educaba también Gabrielita Lezaeta con quien no hemos interrumpido el diálogo hasta estos días. Los juegos infantiles, la relación de nuestros abuelos o la búsqueda de un camino espiritual son temas que no hemos agotado.

En sexta preparatoria ingresaba al Liceo N° 1, donde cursé también los tres primeros años de humanidades. Entonces conocí al primer escritor de

nuestra generación y sin saber que lo era. Partíamos del colegio por orden alfabético, encontrándonos en un pasillo fuera del patio con quien nos venía a buscar. En la fila después de mí estaba Elvira Molina Ventura, con quien salíamos casi juntas. Ella se iba con su hermano Eduardo, nuestro conocidísimo Chico, que aún recuerda nuestros uniformes azules y los enormes sombreros. 4º y 5º años los cursé en el colegio francés Jeanne d'Arc. Allí encontré a Carmen Abalos, con su inquietud a flor de piel desde entonces. En nuestro hogar llegamos a ser 6 hermanos, siendo la que habla la mayor. Eramos 5 mujeres y Arturo, que se nos fue tan prematuramente. Las hermanas son todas activas, apasionadas y buenísimas.

Del Liceo N° 1 recuerdo haber sido elegida por las alumnas como la mejor compañera, elección que se debió a que generalmente facilitaba mis útiles escolares a quienes me lo solicitaban, lo que hizo decir a mi madre que el premio lo merecía ella, pues era la que permanentemente tenía que reponer el material. Luego me correspondió el emocionante privilegio de ser electa por las jóvenes de los otros cursos, como la mejor de las 6 preparatorias. Una innata atracción por los seres hu-

manos me inclinaba a tener amistades con las alumnas de los cursos que jugábamos en el mismo patio, lo que me hizo ser conocida de ellas. El premio consistió en un prendedor que llevaba impresa una sola palabra "Compañerismo". Fue tan fuerte el shock emocional que me causó esta elección, que me sobrevino una intensa fiebre nerviosa, las que fueron frecuentes en toda mi infancia y que en este caso determinó que no fuese a recibir el galardón. Estas fiebres se repetían y una de las que recuerdo más aguda, fue la que impidió que en julio de 1931 fuese a esperar a mi abuelo que regresaba de un largo y doloroso exilio. Todo exilio es doloroso. Mientras a mi alrededor se apresuraban en ir a la estación, tuve que quedarme sola, en cama, y sintiéndome impotente frente a las emociones que me hacían vibrar tan intensamente.

Una infancia tan convulsionada de hechos ajenos a ella misma impedía el desenvolvimiento normal del alma infantil. Pero nada detenía la imaginación que se trasladaba a parajes encantados con los cuentos de Grimm, Perrault, Andersen, Las Mil y Una Noches, que repasaba y repasaba, esa maravillosa literatura donde las hadas se apa-



recen en bosques de ensueño, olvidándose los sobresaltos de la vida diaria. También la naturaleza aliviaba las tensiones y angustias. Una mirada a las nubes en el patio del colegio, que se dibujaban en el cielo cambiante y multiforme pacificaban mi espíritu. Los veraneos en Buin, en el fondo de mi abuelo paterno, me sumían en el paisaje en medio de los juegos infantiles, pero en 1928, en el verano, fuimos sobresaltados por la noticia que la casa de mi abuelo, donde moraban mi abuelita y familiares, pues él estaba en el destierro, había sido allanada y todos los ocupantes detenidos. Mi abuelita fue empujada bruscamente cuando intentó salir en defensa de sus hijos. Allí se quebrantó definitivamente su salud, que lentamente fue perdiendo hasta fallecer, cuando mi abuelo era nuevamente presidente el 6 de noviembre de 1936. De carácter hipersensible, la política con sus veleidades e ingratitudes minaron la bondad de su alma ajena a vanidades externas.

En los maravillosos veraneos en Buin impregné mi alma del contacto con la naturaleza, en las hermosas alamedas de pinos, los sauces y sus caudencias, el trigo y las carretas, recordando la simpatía y la bondad de los familiares de mi padre,

con un fino sentido del humor y los primos alegres y llenos de vivacidad.

Buin, las bicicletas, el naranjal, la libertad de vagar con el viento rozando el rostro, la imaginación desplegada y el sortilegio de la laguna, rodeada de árboles. Espejo de agua donde entregábamos nuestros sueños. Pinos, sauces, bosques y césped. El verde, ese verde intenso de la esperanza, la galería de madera con grandes ventanas de vidrios que transparentaba el rostro bondadoso de la abuelita, tías y tíos. Casa antigua, de adobes, saludo de la tierra, del sol y el aire, de los melones y sandías de Chile. Al fondo de la galería el dormitorio del abuelo paterno. Alto, severo, imponía respeto, pero también la admiración de los nietos, a pesar de nuestros cortos años, por su hermosa biblioteca en círculo y techo cóncavo, con vitrales que proyectaban la luz sobre los estantes y mesa central, en variada gama de colores que deleitaban la imaginación infantil. Allí se guardaban tesoros de la literatura clásica universal, filosofía, historia, revistas de cultura extranjera, perdiéndose nuestros sueños más allá de aquellos tomos tan perfectamente empastados. De allí tal vez heredó mi padre su inquietud por leer,

entre sonrisas delatoras de un fino humor, silencios y escepticismo, según mi parecer, la parte más importante de su vida ha transcurrido, no en el mundo de los negocios y la política, sino en el de la búsqueda espiritual.

El veraneo era el oasis donde no alcanzábamos a reponer bien nuestros nervios cuando retornábamos a la inquietante capital, con cárceles, agentes de seguridad que nos seguían al ir al colegio, incógnitas sobre el destino diario de la familia. Esta incertidumbre e inseguridad de mi infancia provocó más tarde una adolescencia de angustias y desesperaciones.

Entre tantos avatares, la naturaleza y las clases de castellano en el Liceo, eran mi refugio. A través de las composiciones solicitadas por la profesora doña Amanda Cañas, descargaba todo aquello acumulado por nuestra emotividad. Los temas dados eran diversos y muy ajenos a lo que me sucedía, pero así son los canales del espíritu, que pueden sublimar, convertir en lirismo y poesía lo que dentro del alma ha empezado a crecer. Algo de las vibraciones de la adolescencia quedaron, pues, grabadas en esas volanderas páginas escolares que nunca más vi, pero que aún recuerdo y

mucho más a doña Amanda, de carácter tal vez huraño y que parecía seco, pero que en clase mientras cumplíamos la tarea, se acercaba a mi pupitre para decirme en voz queda: “Ester, no deje nunca de escribir”. Esa sola frase me recompensaba del dolor de las matemáticas. Tímida y apocada como era me sentía derrotada de antemano, salvándome el estímulo recibido. Fueron esas palabras breves, dichas en susurro, las que me acompañaron más tarde cuando empecé a escribir artículos en periódicos y revistas, y luego mis libros, que han aparecido hasta aquí, como gotas perdidas en el tiempo.

Egresada del colegio no pude casarme con la persona que amé desde los 15 años. Un fundo que administraba mi padre fue con su paisaje el testigo silencioso de un romance que se rompió por circunstancias superiores. Nada sucede al azar. Todos son eslabones de una cadena de ascenso espiritual. Esto sucedía de Chillán al Sur; Hacienda San Miguel, Estación General Cruz. La Hacienda ya no es de la familia y el recuerdo guarda dolorosamente la estampa de mi hermano Arturo, que entre otras actividades de su intensa vida la administrara. Hace trece años que las som-

bras de una noche se lo llevaron bruscamente, pero su alma iluminada nos acompaña muy cerca.

Algo me enraizó desde muy pequeña al paisaje de Chillán, a donde íbamos con mis padres, deteniéndonos en el mercado multicolor y la hermosa plaza con sus añosos árboles. Sus construcciones bajas, antiguas y desoladas, inquietaban mi alma infantil. Tal vez algo telúrico hace sentir las tragedias a la sensibilidad juvenil, menos contaminada con las cargas del diario vivir. En la antigua casa del fundo me costaba conciliar el sueño. Me parecía que esas enormes paredes de adobes no resistirían ningún temblor. Así fue como llegó la noche del 24 de enero de 1939 y el terremoto no respetó nada. Salvamos por milagro, pero quedamos en el potrero, mirando un cielo donde se cruzaban miles de aerolitos. Nuestro Padre había tomado el nocturno hacia Santiago, a las 10 de la noche. Salía el tren de la Estación de Chillán cuando los viajeros sintieron tan extraños movimientos que pensaron que se descarrilaba. Algunos salieron a las pisaderas y pudieron contemplar como Chillán caía a pedazos y luego se incendiaba.

El maquinista había frenado, estaban al borde del puente, sobre el Ñuble, que quedó imposibi-

litado. Pasado el sismo, se bajaron los pasajeros. El Jefe de la Estación de Chillán lloraba la muerte de casi toda su familia. En ese clima de cadáveres y llanto llegó mi padre hasta la plaza, pensando en nosotros, que podíamos estar en las mismas condiciones. En la Plaza de Armas de Chillán se encontró con un vecino nuestro que estaba en el Club y se despidió de los amigos para poder salir temprano al día siguiente, a su fundo, donde le esperaban trabajos urgentes. Cuando se subía al auto sobrevino el sismo. Presenció la caída del club y la muerte de sus amigos que yacían entre los escombros. Decidieron con mi padre salir cuando aclarara, para evitar caer en algún puente que pudiese estar en malas condiciones. Así lo hicieron. Después de ayudar a recoger cadáveres, levantar heridos, salieron al amanecer hacia el Sur. Mi padre llegó cerca del mediodía. Las casas derrumbadas estaban a la orilla de la línea férrea, donde sólo se oía un silencio sepulcral. Un campesino que venía de los alrededores de Chillán, nos informó, al pedirle noticias: "Por allá se cayó todo". Fue escueto, pero nos empavorizó. Mi madre tenía decidido que si mi papá no llegaba en el día, partiríamos por la línea. Fue inmensa.

la dicha cuando le vimos aparecer sin creer que todos estábamos ilesos. Le costó convencerse. Estuvimos 8 días en el potrero, en una ruca de bambúes que nos hizo hacer el administrador del fundo, Enrique Astorga, el mismo que más tarde, siendo Alcalde de Parral, hizo hijo ilustre de la ciudad a Pablo Neruda.

Mi mamá logró sacar de entre los escombros una radio a batería. Oíamos cómo en Santiago mi abuelo preguntaba por nosotros y no podíamos responderle. No teníamos más perspectivas que el cielo y sus maravillosas estrellas. A los 8 días llegó una caravana de autos con médicos de la familia, provistos de vendas y medicamentos, que por suerte no se usaron con nosotros. Partimos hacia la capital en un viaje inolvidable de angustia y temor. Chillán era un inmenso hospital, los entierros se sucedían, una mujer que había perdido toda su familia se paseaba enloquecida, dando gritos por la plaza. Parral no escapaba al desastre. Cuando en las fuentes de soda tratábamos de tomar un refresco, no me pasaba por la garganta. Así llegamos después de dos días de viaje, a Santiago. Estábamos en nuestra ciudad, pero el terror continuaba internamente. No podía

conciliar el sueño y ese terremoto quedó junto a las avenidas de San Miguel y el rostro de mi primer amor incorporado a mi vida futura, como otro eslabón más de tragedia y tristeza. Pero Chillán es un recuerdo permanente, donde aún quedan amigos: el poeta Sergio Hernández y el periodista Tito Castillo. También la biblioteca Arturo Matte Alessandri, que se construyó con las erogaciones de los compañeros y amigos de mi hermano.

Empezó una dolorosa soledad del alma que después de algunos años de conflictos humanos encaucé hacia la Universidad. Tenía en mi mente lo que siempre me sugiriera aquel vecino que empezaba a perderse en el tiempo: el estudio serio y metódico. No en vano él me facilitaba libros, entre los que recuerdo "La Condición Humana", de Malraux, y me incorporaba para distribuir una revista cultural que aparecía entonces: Revista "Tierra", donde escribiera él, el filósofo José Rafael Echeverría Yáñez, Miguel Serrano, el historiador Mario Góngora, un joven aprista peruano Manuel Checa y otros ya olvidados.

Estudié por mi cuenta 4º, 5º y 6º años de humanidades, dando los exámenes correspondientes



y el bachillerato de entonces. Atrás quedarían como vagas añoranzas las lecturas desparramadas de poemas que solía hacer bajo los árboles, perdida en algún bosque, sintiendo el lejano correr del agua de ríos y cascadas, sobre el césped directamente. La poesía y la naturaleza se integraban para crear estados anímicos propicios al ensueño, ¿qué poetas leía? Generalmente chilenos: Neruda, Mondaca, Magallanes Moure, Pezoa Véliz.

La Universidad sería el rigor, el método indispensable para disciplinar el espíritu, la apertura definitiva al mundo de la cultura, el conocimiento de profesores y compañeros inolvidables. Llegué a las viejas casonas de Alameda y República. Primeramente me matriculé en Historia y luego en Castellano, para seguir Licenciatura en Literatura. Imposible no recordar maestros como Juan Gómez Millas, Eugenio Pereira Salas, Guillermo Feliú Cruz, Eugenio González, Humberto Fuenzalida, Mariano Latorre, Ricardo Latcham, Antonio Doddis, el único de nuestros tiempos que aún queda en el Pedagógico, Juanito Uribe Echevarría, César Bunster y el benjamín de ellos Roque Esteban Scarpa. Don Mariano Latorre, a raíz de un trabajo de seminario sobre la "Histórica Relación

del Reino de Chile”, del Padre Ovalle, que Juanito Uribe se encargó que la Revista “Atenea” me publicara, me eligió como ayudante para su cátedra de Literatura Chilena. Honor inesperado e inolvidable. Don Mariano unía a su conocimiento de Chile y sus más insospechados rincones, un índice completo de los escritores aparecidos con sus complejas vidas y problemas. Sostenía que para comprender la raíz de una obra literaria era conveniente la simbiosis del paisaje más los problemas anímicos de su creador. Así, sus clases eran amenísimas, impregnadas de un gran amor por la literatura de nuestro Chile. Retirado don Mariano le sucedió en el cargo el gran maestro don Ricardo Latcham, de talento excepcional. Nuestra literatura integrada en el contexto de la hispanoamericana, que conocía como pocos en Sudamérica, ascendía a un rango universal. Tanto él como su esposa Alicia constituyeron un segundo hogar, recibiendo un inolvidable apoyo en mis luchas y desvelos.

Entre los compañeros encontré algunos hermanos en el ensueño, escritores jóvenes que jugaban con la imaginación y el ritmo, a través de ellos conocí a los primeros que han pertenecido a la fa-

mosa generación del 38, que este año celebra su 40 aniversario. En ella se ha agrupado un gran número de escritores que han movido el quehacer literario de los últimos tiempos.

Irrumpieron a la vida artística con gran idealismo y fe. Juan Tejeda, hoy desaparecido, miembro de la generación, con gran talento e ingenio, periodista y escritor, me discutía siempre que lo único que los había unido era el de ser todos muy disímiles. Es que aparentemente, eran un grupo de disconformes que buscaban una realidad, cada uno por su lado y según su método y temperamento, así vimos aflorar el surrealismo, el realismo, el angurrientismo, el creacionismo, el nerudismo, el misticismo, el rockismo y toda una serie de ismos que aportaban movimiento al ambiente con un ferviente deseo: la búsqueda de nuevas expresiones.

Con los primeros que tuve contacto a través de mis amigos del Pedagógico, que eran Róbinson Gaete y Julio Molina, hijo de uno de los autores de "Selva Lírica", la famosa Antología de otros tiempos y que hoy es profesor de estética en el Bellas Artes de la Universidad de Chile, fue con Guillermo Atías, Eduardo Anguita, Teófilo Cid, el

inolvidable Teófilo, Braulio Arenas, el talentoso Lucho Oyarzún, Santiago del Campo, Miguel Serrano, Eduardo Molina, Gonzalo Rojas, que trabajaba en Valparaíso y venía a Santiago una vez a la semana. Merodeaba por el patio de la antigua casona de la Alameda y, entre diálogo y diálogo, me daba una tarea semanal: leer determinada obra indicada por él y luego hacer un resumen y comentarlo. Así me dio a conocer el surrealismo que me envolvió en su magia. La varita que abría el inconsciente a perspectivas deslumbrantes me cautivó. Más tarde he asociado ese trasfondo de la conciencia con los más remotos orígenes del ser humano. Lo que no cabe en el estrecho marco de nuestros sentidos está incorporado a la esencia divina en su eternidad. Es importante abrir la llave de comunicación con esos desconocidos mundos para elevarse más allá de los límites materiales. Entre realismos y surrealismos, Gonzalo Rojas me llevó donde Nicanor Parra, que vivía en Los Guindos. Asistí subyugada al diálogo de estos dos escritores jóvenes que se disparaban desde sus trincheras con fuerza y talento. Gonzalo venía del surrealismo, Nicanor del realismo. Posteriormente Nicanor, en un encuentro de escri-

tores de Concepción que recordaba los 25 años de la generación del 38, aludió a esos diálogos reconociendo que allí habían nacido los Antipoemas de la simbiosis realismo-surrealismo. A través de estos incipientes pasos en el conocimiento literario, fui relacionándome con casi todos los de nuestra generación, que no terminaría de enumerar. A su vez, ellos me llevaron donde los grandes: Pablo Neruda y su esposa de entonces, La Hormiguita, en la maravillosa casa de Michoacán, entre caracoles y mariposas, residencia por donde circulaban escritores, amigos, artistas chilenos y extranjeros. Llegué también al hogar de Vicente Huidobro y Raquel Señoret, impresionándome profundamente la brillante imaginación y el talento del poeta. La familia de Rocka constituía un núcleo cerrado de artistas, escritores y pintores, entre ellos Carlos, el poeta de fina sensibilidad y de trágica vida. Los recuerdo en una gran casona de la Gran Avenida, donde María Lefebvre preparaba unos inolvidables ponches a la romana. Con Gabriela Mistral la relación me fue más difícil, viviendo ella temporadas tan largas fuera de Chile. Le conocí a través del fino tamiz de González Vera, a cuya valiosa amistad debo sabios con-

sejos, y de Humberto Díaz Casanueva, amigo insuperable y poeta de los más altos que tiene nuestra literatura. Osé un día escribirle a la escritora, presentándome, y me respondió una bella carta que conservé hasta hace poco tiempo en mi archivo de correspondencia, como un tesoro, del cual se apoderaron manos extrañas.

En estas idas y venidas entre las salas de clases del Instituto Pedagógico y las tertulias literarias conocí al padre de mis hijas, de nacionalidad norteamericana, doctorado en literatura en su país y que obtuvo una beca para escribir una tesis sobre literatura chilena e hispanoamericana. Conversamos por primera vez en un bus y, al preguntarle qué estaba leyendo, me habló de Huidobro y con gran entusiasmo. De conversación en conversación me casé con él y luego nació Rosita. Al poco tiempo se terminó la beca. Luchamos como pudimos, fui agente de seguros y libretista radial. Me inicié en la Radio Minería con un Noticiero Cultural, finalizado el cual recibí el duro golpe de la muerte de mi inolvidable abuelo, Arturo Alessandri. Su presencia humana es un recuerdo imperecedero que ilumina siempre mis pasos. Fue entonces cuando una mano amiga me solicitó traba-

jase bajo su dirección en lo que entonces era la Radio Escuela del Ministerio de Educación. A María Teresa Femenías, creadora del servicio, debo el haber aprendido a confeccionar libretos en una audición que se denominó: Mujeres de Chile. Allí trabajábamos libretistas, actores y profesores. Recuerdo entre otros a Hernán Cañas, Laura Femenías, Julio Moncada, Roberto Parada, Hugo Miller. Trabajando en esa repartición nació Marisita. Realmente, cuando pienso con mi salud que nunca ha sido fuerte, cómo podía combinar vida y hogar, estudios y trabajo en el Pedagógico, y la tarde dedicarla a la Radio, con mi embarazo a cuestas, entre micros y carreras. Tal vez se produjo el milagro de la naturaleza que sentía estabilidad hogareña, la que se derrumbó más tarde por aquellas extrañas circunstancias que rigen la vida de los seres. De la Radio del Ministerio de Educación pasé a trabajar en las tardes como secretaria del profesor peruano Luis Alberto Sánchez en una clasificación de la literatura hispanoamericana. Nuestra sede era la biblioteca de la Casa Central de la Universidad de Chile. Trabajaba intensamente, sintiendo que el tesoro de tener mis dos hijas era un aliciente para seguir

la lucha, pero el peso de las responsabilidades era demasiado grande, lo que me decidió a dejar atrás, con sus ilusiones y desencantos, el querido Pedagógico. Ayudó mucho en la recuperación emocional la Revista "Extremo Sur", que concibiéramos y fundáramos con un grupo de amigos. Entre ellos Teresa Hamel, Teruca, de tantos años de amistad entre risas y penurias. Eramos jóvenes cuando nos conocimos, entonces no soñábamos que ser escritora no sólo significa sentarse frente a la máquina con cierta dosis de imaginación, sino afrontar un destino, el de la cultura en los países subdesarrollados, y ese destino es el que hace al escritor, las experiencias vividas, la observación de la realidad, la lectura de maestros escogidos, para quienes tampoco la vida ha sido fácil.

En la Revista "Extremo Sur" hubo dos excelentes secretarios de redacción: Eugenia Sanhueza y Hernán Valdés, fuera del equipo de redactores: Enrique Lihn, Claudio Giaconi, Herbert Miller, Nicanor Parra, Guillermo Atías, Luis Oyarzún, nos secundaba de lejos Marta Jara, excepcional escritora que murió en medio de grandes aflicciones económicas.

Jorge Onfray aportó la idea de los Juegos de



Poesía, que tomamos con gran entusiasmo. Lanzamos las bases y fue tal la cantidad de sobres que nos llegaron, que tuvimos que hacer una preselección. Leíamos hasta altas horas de la noche. De esta preselección quedó aún un grupo grande, con los que llegamos hasta el salón de Honor de la Universidad de Chile. Allí un severísimo jurado integrado por Humberto Díaz Casanueva, Juvenio Valle, Nicanor Parra, Luis Oyarzún y Hernán Valdés, eligió los premiados. Entramos en contacto con los más jóvenes: Jorge Teillier, Efraín Barquero, Raquel Señoret, Armando Uribe, Andrés Pizarro, entre los que obtuvieron premios.

Junto con la Revista, gracias a las facilidades que obtuvimos del Gerente de la Editorial Universitaria, Eduardo Castro, pudimos editar algunos escritores en la Colección Extremo Sur, entre ellos Luis Merino Reyes, Víctor Franzani, Antonio Campaña, el mismo Luis Oyarzún y otros.

“Extremo Sur” llegó hasta la aparición del número de los premiados. Algunos escritores, no conformes con el fallo, reclamaron duramente por la prensa, nos bombardeaban a nosotros y los jurados. Fueron muy injustos y la desilusión nos invadió. Siguió sí la camaradería de amigos que se

había establecido, reuniéndonos en los locales que entonces existían para ello. En las mañanas el café Sao Paulo y el inefable Bosco en las noches. Allí llegábamos pintores, escritores, músicos, actores, bailarines, periodistas, cineastas, estableciéndose un contacto fraterno entre los diversos grupos de artistas, que tanta falta nos hace ahora.

Las actividades de la Revista "Extremo Sur" permitieron que la Sociedad de Escritores me admitiera como socia. En ese tiempo no existía la cláusula del libro publicado. Funcionábamos en una habitación de un edificio que subsiste en la calle Agustinas, un departamento pequeñísimo y lleno de humo. Al poco tiempo de ser socia quedé integrada al Directorio que presidía Manuel Rojas, seco, drástico, pero de gran ternura con sus amistades, recuerdo entre los Directores de entonces a Venancio Lisboa, Nicanor Parra, Tomás Lago, de una inteligencia sutil y lúcida. Los escritores han constituido mi familia espiritual. El artista es un ser algo extraño, con características peculiares, sea cual sea el ambiente en que viva. Quiero entrañablemente a mi familia, pero reconozco que he vivido un poco a tontas y a locas; no tengo apego por el dinero, no lo he buscado y he trabajado

muy duro. En realidad, no sé si no lo he buscado o él se me ha escapado. No sé ahorrar, si algo hay se gasta. Tampoco soy apegada a las convenciones sociales y trato de vivir para lo que me interesa: la literatura.

En el transcurso de mi paso por la Sociedad de Escritores, hace algunos años se suscitaron algunas elecciones un poco agitadas. Era más joven y la pasión ciega. Aquello prefiero entregarlo al olvido. Me alejé y en ese lapso me arriesgué a editar mi primer libro de cuentos: "La Hiedra", penúltimo tomo de la Colección Extremo Sur. En 1958 cumplía una ambición que cultivé desde mi adolescencia: ser escritora. Nunca dejé de tener muchos papeles escritos, pero mis creaciones llegaban hasta los archivadores.

El año 1961 me vi nuevamente en la Sociedad de Escritores como Vicepresidenta. Rubén Azócar presidía. Entonces llegamos a Simpson 7. En diversos directorios fui compañera entre otros de Francisco Coloane, Juvencio Valle, Mario Ferrero, Adriana Dittborn, Carlos Rozas, Homero Arce, Carmen de Alonso, Mila Oyarzún, Enrique Campos Menéndez, que era Vicepresidente cuando Luis Sánchez Latorre presidía por primera

vez. Ahora nuevamente tenemos de Presidente a este multifacético consuegro, que merece mención especial. Lo quiero y admiro, no sólo por la relación familiar, sino por su inteligencia, su cultura y gran sentido del humor. Casado con escritora, la suave y bondadosa Mimí Garfias, eficaz sedante para este hombre hecho para la lucha y el trabajo intenso. Al directorio actual, al cual pertenezco, pero la salud no me acompañó en el invierno y me desanimé, estoy unida por lazos de cariño y afecto con cada uno de sus integrantes. Don Fidel Arana, casi miembro de mi familia, ágil, ejecutivo y simpático. Nuestra secretaria Isabel Velasco, mi hermana, suave, tierna, lánguida y de mirada profundamente triste. Ellos tres son la cabeza que preside martes a martes las a veces pacíficas, otras tormentosas, sesiones de Simpson 7.

¿Cuál ha sido el motivo que me ha impulsado a estar siempre cerca de la Sociedad de Escritores y que varias veces integrara su Directorio? El deseo de luchar por el gremio, de dignificar nuestra labor, hacer conciencia que ser escritor no es una tarea denigrante por el hecho de no competir con el dinero que obtiene el comerciante o el profesional en otros rubros. A este respecto recuerdo

un episodio vivido en casa del escritor José Donoso y que demuestra hasta donde llega el prejuicio. Era Pepe muy joven, pero ya había publicado con gran esfuerzo, ayudado por amigos, algunos cuentos que demostraban el talento literario del autor. Trabajaba entonces en la Revista "Ercilla", donde hacía comentarios literarios. Con ocasión de un terremoto en el Sur tuvo que suspender su literatura y la Directora de la Revista, Lenka Franulic, tenía sólo confianza en él para cubrir una información de esa magnitud. Se corría contra el tiempo y Pepe volaría en una avioneta que saldría en breve. Le acompañé a su hogar para prepararse y despedirse de sus padres. Veloz subió la escalera de su casa y me dejó con su progenitor. Como no tenía mayor conocimiento del caballero, que era un médico distinguido, opté por hablar de un tema que podría sernos común: su hijo. Le manifesté lo inteligente que me parecía. Me miró asombrado y me preguntó: "¿Ud. no conoce a su hermano?". "No, señor", le repliqué. Ahí se sintió triunfante, ése sí que es inteligente, me dice, es médico y gana mucha plata, en cambio Pepe no tiene nunca un peso en el bolsillo. Quedé atónita, Pepe venía con

todo listo para partir. Cuando salimos de la casa le pregunté qué relaciones tenía con su familia. Me contestó muy optimista: las mejores. Guardé silencio respecto del diálogo y nunca se lo he revelado.

Entre Directorio y Directorio de la SECH y otros afanes, en 1963 aparece mi segundo libro de cuentos. Otro capítulo en la colección Viento en la Llama, que dirigiera el inefable Armando Medín. El libro está dedicado a Lenka Franulic, la inteligente y admirable Lenka.

En 1969 aparece mi primer libro de poemas. Alcanzaba una meta con la cual soñara siempre. El último de la Colección Extremo Sur, se tituló "Desde el Abismo", dedicado a mi hermano Arturo. Al entregarme la editorial el libro me encontré con una emocionante sorpresa: el prólogo estaba firmado por un grupo de amigos: González Vera, Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Pedro Lastra, Alfonso Calderón, José Miguel Vicuña y Guillermo Atías. De ese libro tomó el músico Pablo Garrido el poema *Más allá del tiempo*, para hacer la interesante y generosa experiencia de ponerle música.

Cuando apareció "Desde el Abismo" estaba ya

dirigiendo la Casa de la Cultura de Ñuñoa, experiencia que como la de "Extremo Sur" las guardo con gran afecto entre los recuerdos que me acompañan.

¿Cómo llegué a la Casa? Por el consejo generoso de una amiga: Raquel Leiva de Cañas, que me indicó que el Director de la Casa de la Cultura de Ñuñoa, Gregorio de la Fuente, presentaría en breve su jubilación. Alcalde de esa comuna era Jorge Monckeberg, de una bondad excepcional y gran empuje. Varias buenas amigas se movilizaron entre los artistas para obtener firmas y hacer una presentación al Alcalde. Me entregaron un largo legajo, con el que partí donde el señor Monckeberg segura de impactarlo con firmas tan serias y responsables. Me recibió muy atento y, al explicarle el motivo de mi visita, le entregué el documento. Lo observó detenidamente y me replicó: "Perdóneme lo que le voy a decir, pero para mí los artistas son o comunistas o invertidos". De nada valió que invocara entre otras la firma de don Eugenio Pereira Salas, parecía no conocerlo. Tomé la lista y salí casi sollozando. Mi madre, que es una mujer muy fuerte y muy bondadosa, cuando supo lo ocurrido intervino con el Alcal-

de. Costó convencerlo, pero me nombró. Así llegué a esa hermosa casa que había sido de un tío de mi madre y que sus primos donaron a la Municipalidad para Casa de la Cultura. Sucedió a un gran artista como es Gregorio de la Fuente, que a su vez la heredó del poeta Angel Cruchaga, su primer Director. La responsabilidad era grande. Esa Casa entrega dos premios culturales: uno literario, el Concurso Pedro de Oña, y otro pictórico del Salón de Primavera. Cuando llegué contaba con tres academias, una de pintura que siguió dirigiendo Gregorio de la Fuente, una de folklore que dirigía Víctor Jara, y la de teatro, Gustavo Meza. Lo primero que se intentó fue llegar a las poblaciones. En cada Unidad Vecinal se buscó un lugar adecuado, ya fuese la iglesia, la escuela o cualquiera que se presentara como posible. Ubicados los sitios nos dimos a la tarea de partir. Recuerdo que el primer acto lo hicimos en un circo que nos facilitaron. Le correspondió debutar al conjunto de Víctor Jara, con gran éxito. Víctor, fuera de folklorista, era director teatral, lo que le permitía un trabajo óptimo, después llegó el teatro de Gustavo Meza, excelente Director y que tenía la gracia de crear las obras en conjunto con sus alum-



nos. Una de ellas personificaba algunos animales y suelo aún encontrarme con algún joven que me saluda y se presenta como la jirafa o el león. Para dar a conocer la literatura hicimos recitales que combinaban poesía con folklore, tarea que desempeñó nuestro poeta Jonás, profesor Jaime Gómez Rogers. El objeto de todo esto era incentivar sobre todo a los jóvenes y que formaran sus propios conjuntos. Tuvimos clases de lectura de textos literarios, guitarra, artesanía, estampado en género en los centros de madres, clases prácticas que utilizaban para fabricar floreros, lámparas y telas para blusas, manteles, etc. No fue tarea fácil la que nos impusimos. Cada día el financiamiento se reducía más. Pasé muchas amarguras, hasta el oír decir a un regidor en una oportunidad, que no era partidario de dar presupuesto a la Casa, pues el pueblo necesitaba armas y no cultura. En cambio sería una ingrata si no reconociera que una cosa aprendí del Alcalde Jorge Monckeberg, el poder de la bondad. Cansada de luchar en vano, con los profesores muy disminuidos, me retiré en marzo de 1973. Entró el poeta Carlos René Correa, que en forma increíble hace labor cultural, sin contar con mayores medios.

Dejaba la Casa de la Cultura con una gran desmoralización, me salvé a través de la lectura de la Biblia de Jerusalén y libros de Thomas Merton. El espíritu siempre muestra un camino que libera. Me interné en el Antiguo y el Nuevo Testamento, siguiendo paso a paso la Vida de Jesús. Encontré calma y comencé a tener una nueva mirada para ver el mundo. San Juan de la Cruz y Santa Teresa han sido también excelentes guías para ahondar el camino. Continué escribiendo poemas de poemas que guardaba sin destino. En 1976 me envalentoné y envié tres grupos distintos al Concurso de la Revista "Paula". Grande fue mi sorpresa cuando me avisaron que tenía una mención. Al evocar la Revista "Paula" creo que los escritores tenemos una deuda de gratitud con nuestra compañera de letras Delia Domínguez. Ella ha batallado por dignificar la poesía y mantiene en la Revista una página permanente para destacarla.

La Editorial Nascimento, la tradicional editora de nuestra literatura, me recibió el libro que preparé con los poemas premiados y otros más y que se titula "Las Leyes del Viento", aparecido en diciembre de 1977 y que está dedicado a mis padres.

A la Academia Chilena de la Lengua debo el honor de haber sido distinguida con el premio al mejor libro publicado en 1977. Dicho honor ha sido un estímulo de incalculable valor para continuar la labor iniciada.

Con los años he perdido la vehemencia de una juventud atormentada, vivida con gran pasión, mientras añoraba en algún sendero encontrar la paz del espíritu. Libros, viajes, bohemias, no lograban dármele. Sin un peso partí tres veces a Europa: mi meta, Francia, cuya literatura me subyugaba y París un nombre mágico. La primera vez llegué con un 5º año del Pedagógico. A cargo de nuestra delegación el querido profesor don Antonio Doddis, en un sitio de un estudiante que no pudo ir se nos incorporó Gonzalo Rojas, que ya era profesor en la Universidad de Concepción.

Nos costó llegar a París. Ibamos en un barco argentino, en espléndidos camarotes de tercera. Nuestro puerto de desembarco fue Hamburgo. Sin conocer el idioma los distintos miembros de la delegación nos confundimos de hora al tomar el tren a París. Algunos no llegaron y los que estábamos instalados tuvimos que bajar al empezar el convoy a caminar, lanzando maletas y bolsas por las

ventanas. Era tanto el griterío, que los alemanes nos miraban espantados, sin entender en absoluto lo que sucedía. Arrendamos una micro que nos llevó por Holanda y por una ciudad de ensueño, Brujas, la inolvidable Brujas. Llegamos frente a Notre Dame de París, en un amanecer increíble. Luego el Barrio Latino y algunas experiencias interesantes. La musicóloga Cora Bindhof solicitó le llevara un paquete a su hermana Elisa, esposa de André Bréton. Entregar el paquete y estar a los pocos días incorporados con Gonzalo Rojas en una de las reuniones del grupo surrealista presidido por Bréton fue facilísimo. Allí conocimos personalmente a Benjamín Péret, desaparecido ya, como el gran Bréton. No tenían la vigencia de otros tiempos, pero era de interés conversar con ellos y conocerlos.

La segunda vez fue en 1965. Llegué con el dinero necesario para 8 días a lo más. Venía de vuelta de una invitación por otros países y como pude descendí del avión Air France y caí en un hotel del Barrio Latino, que pagué previamente para poder salir sin problemas. Al ir a saludar a Jorge Edwards, que era Secretario de la Embajada de Chile, siendo Embajador Enrique Bernstein,

me informó que Neruda y Matilde se alojaban en un hotel cercano al mío. Al día siguiente comíamos en un restaurante del Barrio Latino con Jorge, los Neruda y Enrique Lihn, que se alojaba entonces donde los Edwards. Recuerdo a Pablo en un café del Boulevard Saint Michel donde se sentaba con Matilde a ver pasar franceses y extranjeros que tanto circulan por el famoso boulevard. Un día que Matilde fue de compras lo acompañé a los anticuarios que conocía y lo conocían a la vez. Buscaba grabados antiguos de Valparaíso. Con gran paciencia observaba detenidamente todas las colecciones que le pasaban. Esa fue otra tarde inolvidable por las callejuelas de París.

El tercer viaje, en 1975, provino de una invitación de la Sorbonne a un seminario de literatura sudamericana, al que llegué atrasadísima. Pasé dos meses en París y uno en Estrasburgo, hermosísima ciudad, como extraída de los cuentos de Grimm. Disfrutábamos de sus hermosos rincones con Efraín Barquero y Elenita, que viven allí. El poeta tiene como tarea formar la biblioteca hispanoamericana en la hermosa universidad de la pequeña ciudad, pero a donde llegan estudiantes de diversas partes de Francia. En París dormí en si-

llones, cuidé perros de señoras que partían a las termas, hijos de fabricantes de perfumes que iban a esquiar, pero me sentía en Francia, caminando por París, mirando el Sena, viendo amigos queridos; entrando a Notre Dame y registrando las maravillosas librerías del Barrio Latino.

Tuve la suerte de viajar a Estados Unidos, pero en otras condiciones. El padre de las niñas entró a trabajar con sus compatriotas norteamericanos y le fue mejor que con la literatura, en cuanto a dinero. Tuvo que hacer un viaje en 1955 y partimos con las niñas. Nueva York me impactó como símbolo del mundo moderno: buenos teatros, buen ballet, excelentes museos y buen jazz en el Village, su barrio bohemio. A pesar de todo esto contrasta con la dulzura, el ensueño y la cultura de siglos que uno bebe en París. Bréton no habría podido escribir en Nueva York su hermosa novela "Nadja".

Viajes por el espíritu, pequeños viajes por el mundo en el eterno buscar, me convencieron que con sistemas impuestos desde fuera el hombre no encuentra la paz y no entrega a la comunidad el amor y la solicitud que el grupo humano requiere. Sólo elevándose hacia Dios, bebiendo en ese

infinito misterio encuentra el camino del maestro Jesús. El poder, el verdadero poder lo da la concentración profunda y la búsqueda de personales valores internos. Ni el poder político, efímero y traicionero, ni el dinero, frío y estático, proporcionan la paz que el escritor requiere para entregar un mensaje de espiritualidad, que coopere a aliviar el dolor de haber nacido.

ESTER MATTE ALESSANDRI.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS  
CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

**Roque Esteban Scarpa**

**Miguel Arteche**

**Gabriela Lezaeta**

**Manuel Francisco Mesa Seco**

**Cecilia Casanova**

**Fernando González-Urizar**

**Julio Flores**

**Antonio Cárdenas Tabies**

**Jaime Quezada**

**Emma Jauch**

**Carlos Ruiz-Tagle**

**Alicia Morel**

**María Silva Ossa**

**Isabel Velasco**

**Juan Antonio Massone**



**Pepita Turina**  
**María Urzúa**  
**Hugo Montes**  
**Nicolás Mihovilovic**  
**Ester Matte Alessandri**  
**Enrique Neiman**